

MADERO BAJO EL REFLECTOR

Lowell L. BLAISDELL

EN LOS ÚLTIMOS AÑOS se han publicado en los Estados Unidos una serie de artículos y, por lo menos, tres libros importantes acerca de los diversos aspectos políticos de la Revolución mexicana. La obra de Charles C. CUMBERLAND, *Mexican Revolution, Genesis under Madero* (University of Texas Press, 1952), la de Howard F. CLINE, *The United States and Mexico* (Harvard University Press, 1953), lo mismo que la de Stanley R. Ross sobre Madero,* objeto de nuestra reseña, demuestran que puede llegarse ya a juicios históricos certeros, gracias, por una parte, a la creciente facilidad de consultar las fuentes de estudio y, por otra, al transcurso de los años, que permite una mejor perspectiva. Estos autores han logrado corroborar, completar o modificar la obra de los investigadores mexicanos y norteamericanos que los precedieron, muchos de los cuales fueron partícipes de los acontecimientos que relataron.

Aunque el libro del Dr. Cline se ocupa primordialmente de hechos ocurridos en el siglo xx, es en realidad uno de esos estudios que abarcan etapas históricas más extensas, y en este sentido puede asociarse a los trabajos de Gruening, Calcott, Tannenbaum, Parks, y ante todo al de J. Fred RIPPY, *The United States and Mexico* (1934). Las obras de Cumberland y Ross sólo tratan, en cambio, del período revolucionario; son, entre las publicadas en los Estados Unidos, las primeras que agotan la fase inicial de la Revolución y que se fundan en las últimas fuentes puestas al alcance de los investigadores.

El gran mérito de Cumberland consiste en haber sido el

* Stanley R. Ross, *Francisco I. Madero, apostle of Mexican democracy*. Columbia University Press, New York, 1955.

primer estudioso de habla inglesa que realizó una investigación detallada sobre el período maderista. Examinó cuidadosamente las fuentes más importantes y formuló un juicio certero sobre las actividades de Madero y sobre el lugar que éste ocupa en la historia. Ross, por su parte, ha estudiado más a fondo aún las fuentes, y presenta una sólida interpretación del papel histórico de Madero.

Stanley R. Ross pasó mucho tiempo en México estudiando el archivo particular de la familia Madero y los materiales de archivo o de correspondencia de Federico González Garza, Zapata, Palavicini, De la Barra y muchos otros. Además, ha examinado los informes del Departamento de Estado norteamericano conservados en el Archivo Nacional de Washington, que aún no se habían puesto a disposición del público cuando Cumberland realizó su trabajo. Ross logró entrevistar a varias de las personalidades que participaron en los acontecimientos de 1910 a 1913. Algunos de los documentos que encontró en las fuentes citadas se hallan también en la correspondencia de Madero, conservada en la Biblioteca Nacional, y pueden verse en las selecciones que se publicaron, con permiso de Valadés, en *La Prensa* de San Antonio, en *La Opinión* de Los Ángeles y en el libro de Taracena, *Madero, vida del hombre y del político*. Los nuevos documentos no parecen haber cambiado en esencia las conclusiones a que se ha llegado comúnmente respecto de Madero. A pesar de esto, es sumamente importante examinar todas las fuentes, a medida que vayan quedando a nuestro alcance. La bibliografía de Ross es de extraordinaria riqueza. En cuanto a la biografía, considerada en conjunto, su gran mérito consiste en el escrúpulo con que está hecha, y su defecto en la ausencia de informaciones e interpretaciones realmente nuevas.

Ross manifiesta una gran simpatía por el Apóstol de la Revolución. Es ésta la actitud más frecuente entre los investigadores norteamericanos de nuestros días. Con ella contrasta la adoptada hace cuarenta y cinco años por el *American Journal of International Law* (para citar un ejemplo típico e intelectualmente respetable), que en su sección editorial lamentó de manera muy enfática la derrota de Porfirio Díaz.

Para Cline, Madero parece haber sido el hombre medianamente afortunado que logró vencer en la lucha contra Díaz, juicio demasiado severo, y que la generalidad de los investigadores norteamericanos de hoy no comparte.

Las conclusiones de Ross con respecto a los aspectos discutibles del carácter y de la vida de Madero, al período revolucionario y a la presidencia del Apóstol, serán de gran interés para los lectores. Atribuye a Madero muchas de las virtudes y de las debilidades ya observadas por otros: amabilidad, generosidad, modestia, valor y sinceridad, y, al envés de la medalla, una frecuente indecisión y credulidad, y en muchos casos una excesiva e inadecuada moderación. Por lo que dice Madero en sus *Memorias*, Ross, como tantos otros biógrafos, está de acuerdo en que el espiritismo tuvo mucho que ver con la decisión que tomó Madero de meterse en la política. Dado que los más enconados enemigos de Madero trajeron a cuento sus opiniones religiosas para acusarlo absurdamente de inestabilidad mental, el asunto no deja de ser importante. Henry Lane Wilson, ajeno a las ideas del espiritismo, pensó que Madero no estaba en sus cabales cuando, en una entrevista, el presidente le reprochó una frase poco cordial y le dijo: "Jorge Washington está a su lado, señor embajador, y escucha todo lo que usted dice."

El autor habla a lo largo del libro de las relaciones que hubo entre Madero y los jefes políticos contemporáneos de su bando y del contrario, comenzando por los breves contactos con los Flores Magón. Como lo muestra Ross, Madero declaró muchas veces que el revolucionario mexicano debía hacer su campaña en suelo mexicano: interesante crítica a los Flores Magón y a Vásquez Gómez. Las grandes diferencias que había entre Madero y el Dr. Francisco Vásquez Gómez explican su ruptura después de la victoria. Ahora parece lamentable que Madero tuviera necesidad de solicitar la ayuda de Vásquez Gómez. El apremio de contar con un aliado influyente que diera más prestigio al movimiento antiporfirista crearía después grandes dificultades a Madero.

El importante tema de las relaciones entre Madero y Carranza continúa rodeado de incertidumbres. La biografía que

Ross se propone hacer del Primer Jefe será, sin duda, valiosa en este sentido, sobre todo si logra encontrar la respuesta a una serie de preguntas que se han suscitado a este respecto. En el libro sobre Madero, Ross se reserva el juicio sobre la cuestión de las intenciones de Carranza al comienzo de la decena trágica. Por ciertas alusiones, parece que el autor considera a Carranza como fiel secuaz del Apóstol.

Como otros maderistas, Ross piensa que las relaciones de Madero con Zapata se vieron turbadas por las intrigas de Huerta y De la Barra en el momento en que Zapata iba a desarmar a sus tropas, al comenzar el otoño de 1911. Teniendo en cuenta, sin embargo, que más tarde Zapata no se resignó a esperar pacientemente que Madero llevara a cabo su muy deliberado programa de reforma agraria, ¿fue realmente tan significativo el fracaso de las negociaciones de 1911?

Siendo los enemigos políticos del presidente Madero quienes decretaron su muerte, nos gustaría saber en qué medida contribuyeron al trágico suceso los odios personales y los políticos. De lo que dice Ross, el lector deduce que algunos hombres de escasos alcances le fueron tomando un profundo odio a Madero. Es evidente que Bernardo Reyes fue maltratado por un grupo de maderistas demasiado entusiastas cuando, poco antes de la elección de Madero, emprendió él su breve campaña electoral. Huerta se enemistó con Madero cuando lo de Zapata y la campaña de Orozco. Sin duda, el hecho de que Madero hubiera pensado mandar fusilar a Félix Díaz después de la fracasada rebelión de Veracruz bastó para suscitar en el sobrino el deseo de venganza. ¿Se mató a Madero ante todo porque encarnaba el ideal democrático, o bien por deseos de venganza personal? Evidentemente hubo de todo, pero es probable que nunca llegue a saberse a ciencia cierta qué proporción guardaban entre sí los dos motivos.

Al hablar de lo que fue Madero como jefe de la Revolución de 1910-1911, Ross afirma, entre otras cosas, lo siguiente: a Madero le estorbó en algunas ocasiones el cariño que sentía por su familia, y también el que ésta sentía por Limantour. Las negociaciones de Ciudad Juárez prueban de sobra esa cohibición. Al igual que otros, el biógrafo cree que Madero

no se dio cuenta de la gravedad de los problemas sociales y económicos del momento, aunque añade, y con razón, que el Apóstol no descuidó del todo esos aspectos, como quieren algunos. En cuanto al papel de Ricardo Flores Magón, Ross admite en cierta medida que fue precursor de la Revolución, pero sigue afirmando que su revuelta de Baja California fue la de un filibustero; las investigaciones recientes han sometido a revisión ese punto de vista. Al concluir el examen del período revolucionario, el autor subraya —en mi opinión con justeza— que la mayor parte de las dificultades que encontró Madero en su presidencia provienen de la transacción creada por el interinato de De la Barra.

El papel que tuvieron los Estados Unidos durante la Revolución sigue siendo un tema debatido. Como la mayoría de los estudiosos actuales, tanto mexicanos como norteamericanos, Ross está seguro de que Madero no recibió ninguna ayuda financiera de las empresas estadounidenses, y supone —esto ya con más dudas— que el gobierno de los Estados Unidos no intervino en ninguno de los dos bandos. Como hay ciertos indicios de que Washington dejó de tener confianza en el régimen de Díaz en 1911 y de que los maderistas no encontraron un obstáculo serio en las leyes norteamericanas de neutralidad, Ross parece pensar en ocasiones que se dio la preferencia a Madero. Si hubiera recordado que ya mucho antes de 1910-1911 los Estados Unidos habían tenido gran dificultad en poner en vigor sus leyes de neutralidad, la conducta del gobierno de Washington habría resultado más comprensible. Al hablar de la famosa entrevista de Nueva York entre Li-mantour, el Dr. Vásquez Gómez, Gustavo Madero y su padre, Ross está de acuerdo, en lo esencial, con los que anteriormente trataron el asunto.

Al igual que los demás biógrafos, Ross hace notar que durante su presidencia Madero comenzó, al menos, a realizar reformas agrarias y obreras. Señala también la existencia de una prensa totalmente libre. Aquí estaban, pues, los cimientos de lo que había de ser la República mexicana, libre, democrática, con responsabilidad social. Al comentar la debilidad del gobierno de Madero, llama la atención sobre las

diversas rebeliones, los muchos cambios de gabinete, las dificultades con los gobiernos de los Estados y la imposibilidad de controlar el Congreso debido al persistente influjo de muchos porfiristas.

El autor habla pormenorizadamente de la decena trágica, utilizando con acierto los relatos más conocidos de la tragedia. Estudiando las comunicaciones de Henry Lane Wilson a Washington, reconstruye el papel desempeñado por el embajador. Sin embargo, no queda claro hasta qué punto fue Wilson cómplice de las negociaciones entre Díaz y Huerta. Hasta ahora nadie ha logrado descifrar el enigma de por qué el gobierno de Washington dejó a Wilson en su puesto a pesar de haberse ido cerciorando cada vez más, antes de febrero de 1913, de que sus informes no eran nada dignos de confianza.

El relato de las actividades de Madero durante los días de febrero coincide en esencia con el de otros autores. Muchos han insistido en cómo Gustavo Madero logró mantener la lealtad de las tropas del Palacio Nacional la mañana del domingo 9 de febrero; Ross no lo recalca especialmente. Hubiera sido interesante que se detuviera a especular acerca de lo que fue realmente la conspiración de Reyes, Díaz y Mondragón. ¿En qué medida traicionó Huerta lo mismo a Félix Díaz que a Madero? ¿Es verdad que, como alegan unos, Félix Díaz y los reyistas exigieron la muerte de Madero y que Huerta dio su aprobación de mala gana? Probablemente no habrá tampoco respuesta a estas preguntas, pero no por eso dejarán de suscitar interés.

En la mayoría de los casos, los investigadores norteamericanos tienden a sacrificar la belleza literaria a la verdad histórica. Así, Ross ha escrito una obra clara y de fácil lectura, pero no puede decirse que el estilo sea brillante.

Aunque se trata de un libro bien hecho, no es una verdadera biografía en el sentido clásico. Flay una omisión de peso: no se habla del lugar que ocupó Madero como figura política en el escenario mundial. Ross examina las virtudes y debilidades de don Francisco en relación con los acontecimientos mexicanos contemporáneos y no dentro de un con-

texto más amplio. Esto se debe probablemente a que en un libro publicado por una imprenta universitaria y destinado, por tanto, a un número muy limitado de lectores, el texto debe reducirse a lo más esencial e ineludible.

Cuando llegue a escribirse la biografía definitiva de Madero, se le juzgará en relación con sus propias acciones, en comparación con otras grandes figuras de la historia mexicana, en el contexto de la historia de Hispanoamérica como conjunto y de acuerdo con el panorama mundial del siglo xx. ¿Cuál ha de ser, en definitiva, nuestra opinión acerca de un jefe que no logró mantener a raya a Orozco y Villa en Ciudad Juárez, que ni siquiera decretó el ataque final en la ciudad fronteriza y que no pudo controlar las acciones de De la Barra en el momento de las negociaciones de desarme con Zapata? ¿Qué hemos de pensar de un hombre que tuvo la suficiente ingenuidad para nombrar comandante al general Huerta en la hora de mayor peligro? Después de haberlo aceptado como jefe, ¿cómo pudo dar crédito a algunas de las absurdas razones con que el general justificó su fracaso en la Ciudadela?

Por otra parte, nunca podrán elogiarse demasiado los principios democráticos de Madero, su afán de evitar innecesarias violencias y su valor en la campaña. Por último, ¿qué lugar ocupa entre las figuras políticas mexicanas de primer orden? ¿Fue otro Gómez Farías, demócrata, bienintencionado, pero demasiado indeciso? ¿Se vio, como Comonfort, envuelto en los comienzos de un gran movimiento que lo arrastró mucho más allá de sus propias intenciones? ¿O debe colocarse a Madero al lado de Hidalgo y de Juárez, como una de las grandes personalidades del México independiente?

¿Cuál habrá de ser el lugar de Madero en la historia de Hispanoamérica? ¿Se le asociará con Irigoyen y Alessandri, como creador de un régimen democrático del siglo xx? En tal caso, su éxito fue mucho mayor que el alcanzado por sus colegas argentino y chileno. Dentro de la política mundial, ¿dónde debe situarse a Madero? Atrapado entre zapatistas y porfiristas, ¿puede comparársele con Kerensky, otro moderado cogido entre dos extremos? ¿No se parecerá al Dr. Sun

Yat Sen, partidario de ideas liberales, pero sin la suficiente habilidad administrativa para hacerlas realidad? Si se recuerda a Madero como encarnación de una gran idea, gozará de un lugar muy elevado en la historia y sobrevivirá, con mucho, a otros políticos más afortunados en la práctica.

Los investigadores que se interesen por las obras históricas escritas sobre México en los Estados Unidos encontrarán en la biografía del Dr. Ross un libro de gran utilidad. Dentro de los Estados Unidos, el profesor Cumberland, primero, y ahora el profesor Ross han dicho todo cuanto pueda decirse de Madero por algún tiempo.